

MAQUIAVELO Y EL MAQUIAVELISMO

por el Académico DR. ALBERTO RODRÍGUEZ VARELA

El Renacimiento

El vocablo *Renacimiento* fue difundido por Voltaire. En el siglo XIX, Burckhardt, en su célebre obra *La cultura del Renacimiento*, lo utiliza para referirse al período cultural europeo que, sin límites fijos, abarcaría la segunda mitad del siglo XV y todo el siglo XVI. Por cierto que, como todas las divisiones cronológicas de la Historia, hay en estas fechas mucho de convencional o arbitrario. Todo el proceso cultural del Renacimiento hunde sus raíces en los siglos medievales. A su vez, resulta difícil precisar con exactitud el momento en que la corriente renacentista resulta superada por otros movimientos doctrinales.

En cuanto a su proyección geográfica, podemos afirmar que el Renacimiento extiende su influjo a toda Europa, teniendo su epicentro y sus figuras más representativas en la península itálica.

La Edad Media había llegado a su apogeo en el siglo XIII con la gran síntesis tomista, en la que aparecen conciliadas la Fe y la razón, lo divino y lo humano, lo espiritual y lo sensible. Después del Doctor Angélico comienza para la escolástica una etapa decadente. El *nominalismo* se afianza y, por vía de consecuencia, al negar los *universales*, conduce finalmente a la negación de las *esencias* y al advenimiento de corrientes de pensamiento que culminarán en el positivismo y el materialismo. La visión orgánica de Santo Tomás se ve paulatinamente reemplazada en muchos círculos por concepciones mecanicistas que acentúan la soledad del hombre y le alejan de su Creador. La época

renacentista coincide, pues, con un movimiento secularizador que tiende a sustituir el humanismo *teocéntrico* del Medioevo por un humanismo *antropocéntrico* que degrada al hombre y le hace olvidar su condición de imagen y semejanza de Dios. En esta perspectiva —señala Jacques Chevalier con un enfoque que coincide con el del Padre José Kentenich— las cosas dejan de ser observadas como signos de Dios. No es, por cierto, nada negativo que la preocupación por el mundo físico facilite la expansión de las ciencias naturales y experimentales. Lo lamentable es que se rompa el equilibrio del pensamiento tomista, que sin dejar de *distinguir* lo humano de lo divino, los conciliaba en una armoniosa síntesis que contribuía a un más genuino conocimiento del mundo material y espiritual.

“El clima histórico de la modernidad —advierde Bidart Campos— no aparece repentinamente. Su gestión incuba ya en la edad media, cuando las creencias sociales y la organización medieval entran en crisis. Las últimas fases de la filosofía del medioevo habían disociado dos ámbitos que hasta entonces estaban íntimamente vinculados: el de la filosofía y el de la teología, la razón y la fe, la naturaleza y la gracia. No olvidemos la ruptura que se había operado incipientemente en plena edad media (siglos XIII y XIV) con las especulaciones de Escoto y Ockham, hasta llegarse a la afirmación de que Dios y las verdades de la fe son inaccesibles al conocimiento racional, con lo que se produce paulatinamente el desplazamiento de Dios del horizonte humano. La edad moderna comienza, pues, en una atmósfera de soledad e inseguridad del hombre, provocadas por esa pérdida de Dios. Y correlativamente, el hombre va a ocupar el centro de las preocupaciones de la mente y de las especulaciones de la razón.” Estamos, pues, frente al *humanismo* renacentista, que abarcará diversas expresiones, y que renegando de su raíz cristiana avanzará paulatinamente hacia expresiones secularistas, positivistas y materialistas. Esta línea de tendencia regresiva no excluye la supervivencia, renovación y continuidad de la religiosidad medieval en numerosas manifestaciones y expresiones de ese *humanismo*. Sin embargo, como lo apunta Chevalier, lo novedoso del Renacimiento es la pretensión, latente y ostensible, de apartarse de Dios y de la Gracia para aferrarse a la naturaleza y al hombre: *así se opera la*

escisión de lo que el pensamiento medieval había sabido unir y distinguir profundamente a la vez.

El vocablo *renacimiento* alude fundamentalmente al retorno a la antigüedad clásica de Grecia y Roma. Ello no significa que los autores paganos no fueran conocidos durante la Edad Media. Es incontrovertible la influencia que ejercieron los autores de la antigüedad clásica sobre la Patrística, San Agustín y la Escolástica. Además, el auge del Derecho Romano había sido promovido desde siglos antes por los glosadores de la Universidad de Bolonia, como Irnerio († 1125) y Accursio (1182-1260), y por los postglosadores discípulos del célebre Bartolo de Sassoferrato (1314-1357). Pero lo que ahora se observa —dice de Vedia y Mitre— es un *cambio de dirección*. En el Medioevo el hombre es un viajero que tiene su vista puesta en la Meta: Dios. Ahora se advierte un marcado interés por la *naturaleza*, por las cosas del mundo con prescindencia de su significación sobrenatural.

En materia política, el Renacimiento significa el ocaso de las tendencias imperiales. Ya nadie auspicia, a la manera de Dante, ninguna monarquía universal. El intento de Carlos V se ve frustrado por la eclosión irrefrenable de los llamados Estados Nacionales. El movimiento municipalista que tanta importancia tuviera en la Edad Media cede su paso al proceso de integración nacional que impulsan las renacientes monarquías. Las ciudades estados, a la manera de Grecia, sobreviven, empero, en la península itálica, epicentro del Renacimiento europeo.

Maquiavelo

Niccolo Machiavelli nace en Florencia el 3 de mayo de 1469. Pertenece a una antigua familia de origen rural y de limitados medios económicos. Poco después de la muerte de Savonarola, el 14 de julio de 1498, inicia su carrera pública en la Cancillería de la República de Florencia. Es designado Secretario de la Comisión de los Diez de Libertad y Paz. Cumple misiones diplomáticas en Francia y Alemania. En 1502 integra una legación que realiza diversas tratativas ante César Borgia. Escribe, asimismo,

varios documentos que sintetizan sus observaciones y experiencias como diplomático.

Las convulsiones políticas y bélicas propias de la época repercuten en 1512 en la República de Florencia. Diezmadas sus milicias por las fuerzas de la Liga Pontificia, los partidarios de los Médicis se apresuran a restablecer las prerrogativas de esta familia con *todos los honores y grados de sus antepasados*. Maquiavelo es separado de su cargo y desterrado por un año. Poco después, a raíz de una conspiración atribuida a dos jóvenes florentinos, Maquiavelo es detenido, procesado y sometido a tormentos. Como nada se prueba en su contra, finalmente es liberado. Se recluye entonces en su villa de Sant Andrea, en la comuna de San Casciano, donde escribe sus obras políticas más importantes: *El Príncipe* —cuyo título original fue *De los principados*—, *Discursos sobre la primera Década de Tito Livio*, *Historia de Florencia*, y *Tratado sobre el arte de la guerra*. Es también autor de algunas obras literarias como *La Mandrágora* y *Vida de Castruccio Castracani*.

Desde su destierro, a sólo siete millas de Florencia, escribe numerosas epístolas y procura reconciliarse con los Médicis. Se le encargan algunas pequeñas misiones y, a partir de 1525, queda irreversiblemente comprometido con la gestión de los Médicis. Tal vez por esta circunstancia, al restaurarse la República en mayo de 1527, no es reintegrado a su puesto de Secretario de los Diez de Libertad y Paz. Muere poco después, el 22 de junio de 1527, a los cincuenta y ocho años.

La circunstancia

Las costumbres prevalecientes en tiempos de Maquiavelo ejercen enorme influencia en su obra política. Una Italia fragmentada, con guerras internas permanentes promovidas por verdaderos empresarios bélicos que alquilaban sus fuerzas al mejor postor, y el reemplazo de los parámetros éticos de la Edad Media por otros pragmáticos y amorales, configuran la circunstancia vital en que actúa y escribe Maquiavelo. “Las instituciones cívicas antiguas —señala Sabine— estaban muertas; ideas medievales que como las de la Iglesia y el Imperio, todavía en los días de

Dante, podían despertar un noble entusiasmo, no eran ya ni siquiera recuerdos. La crueldad y el asesinato se habían convertido en procedimientos normales de gobierno; la buena fe y la lealtad, en escrúpulos infantiles a los que un hombre apenas ilustrado concedería el homenaje de un cumplido de labios afuera; la fuerza y la astucia, en claves del éxito; el libertinaje y el desenfreno eran tan frecuentes que no provocaban comentarios; y el egoísmo franco y desembozado sólo necesitaba del éxito para justificarse. Fue un período al que es justo calificar de época de *bastardos y aventureros*.”

En ese ambiente vivió Maquiavelo. No puede, por ello, sorprender que su obra contribuya a la consolidación de la mentalidad mecanicista que con tanto ímpetu se expande a partir del Renacimiento, y que tiende a separar radicalmente al ser del *deber ser*.

Significado de sus escritos

Mucho se ha discutido sobre el significado y la interpretación de los libros políticos de Maquiavelo, sobre todo de los *Discursos* y *El Príncipe*. Algunos consideran que el genuino Maquiavelo debe ser buscado en la primera obra, en la que el autor había desarrollado su admiración por la República Romana y por la vigencia efectiva de las libertades cívicas. *El Príncipe*, en cambio, dedicado a Lorenzo de Médicis, hijo de *Pedro el Infortunado* y sobrino del Papa León X, sería para esa interpretación una obra escrita como respuesta a la situación crítica de Italia a principios del siglo XVI, necesitada de un príncipe que la unificara y pacificara.

Dicha opinión no es compartida por calificados expositores. A juicio de George H. Sabine, “ambas obras presentan por igual las cualidades por las que se conoce especialmente a Maquiavelo, tales como la indiferencia por el uso de medios inmorales para fines políticos y la creencia en que el gobierno se basa en gran parte en la fuerza y la astucia. Lo que no aparece en *El Príncipe* es su auténtico entusiasmo por el gobierno popular del tipo de que es ejemplo la república romana, pero que Maquiavelo consideraba impracticable en la Italia de la época en que escribía”.

Análogo criterio sustenta Rubén Calderón Bouchet en su importante estudio sobre *Maquiavelo o la política sin misión religiosa* al sostener que “quienes han visto en ambos libros diferencias doctrinales notables han leído mal y no han sabido apreciar el ataque, hábilmente camuflado, que dirige al pensamiento tradicional”. Creemos, empero, que no obstante las identidades y concordancias que puedan encontrarse entre ambas obras, es indudable que en los *Discursos*, escritos entre 1512 y 1522, predomina el método histórico utilizado sobre la base de las lecturas y meditaciones de su autor durante los diez años de confinamiento político en San Casciano. *El Príncipe* —apunta Mantilla Pineda—, escrito entre 1513 y 1516, es el resultado de la observación de hechos recientes, de los métodos políticos prevalecientes en el siglo XVI y de la propia experiencia personal de Maquiavelo como funcionario y diplomático.

Moral y política

Este es el tema central que mayores controversias ha suscitado entre los intérpretes. En rigor muchas de las discrepancias provienen de la diferente cosmovisión de cada autor. En la medida en que se sostenga una visión ética de la política, Maquiavelo ha sido y seguirá siendo objeto de severos reproches. Si aceptamos que el mundo político debe ser objeto de estudio desde una perspectiva realista que abarque *hechos, normas y valores*, la doctrina de Maquiavelo será condenada por amoral. En cambio, si se sostiene que la política es una disciplina fenomenológica que se agota en el estudio de la realidad empírica, con prescindencia de todo parámetro ético, Maquiavelo será considerado un precursor.

Lo expuesto no significa que Maquiavelo imparta en forma sistemática consejos inmorales. Jorge García Venturini en su libro *Politeia* y en varios artículos periodísticos ha puesto de relieve la existencia de máximas morales en los escritos de Maquiavelo. Pero ello no excluye que la lectura de *El Príncipe* conduzca a la radical separación entre la ética y la política. Por lo demás, resulta notable que numerosos reivindicadores de Maquiavelo sostengan tal separación y la consideren provechosa para el desarrollo cien-

tífico de la política. Por supuesto no nos estamos refiriendo a la autonomía formal, metodológica, de la *sociología política*. Santo Tomás, al definir los contenidos de la prudencia, ya había puntualizado en el siglo XIII que el conocimiento exhaustivo de la realidad era un presupuesto insustituible para la aplicación prudencial de los principios de la ética política.

Platón, en la antigüedad, había sustentado en *La República* un enfoque *hipermoralista*. Aristóteles había moderado la enseñanza de su maestro distinguiendo entre ética individual (monástica), familiar (económica) y política. Maquiavelo, acorde con el espíritu de su época, propone el divorcio entre la ética y la política. En consecuencia, los fines del Estado, en su perspectiva, dejan de tener el sentido ético que le señalaran Aristóteles y Santo Tomás, para estar orientados sólo a la supremacía, la gloria y la grandeza del Príncipe y del Estado.

Maquiavelo considera que el Príncipe se encuentra más allá de toda limitación ética. El examen de su pequeño libro permite detectar numerosas citas que conducen a la omnipotencia del gobernante y a su emancipación de los principios éticos. En el capítulo XVIII llega al extremo de sostener que, para conservar el orden de un Estado, un Príncipe debe estar dispuesto a "*obrar contra su fe, contra las virtudes de humanidad, caridad y aún contra su religión*".

La prevalencia absoluta de los *fines* por encima de los *medios* preanuncia la doctrina de la "razón de estado" que tiende a preservar y mantener a cualquier precio, el poder político. Maquiavelo es sobre el punto categórico. Lo único importante para el Príncipe es el resultado: "*que el Príncipe piense, pues, en conservar su vida y su Estado; si lo consigue, todos los medios que haya empleado serán juzgados honorables y alabados por el mundo*". Por lo demás, no es necesario y aún puede ser inconveniente que el Príncipe "posea todas las virtudes". Lo importante son las apariencias o, en otras palabras, la hipocresía: "*si aparenta poseerlas (a las virtudes) le son provechosas*".

A la luz de estos y otros textos de *El Príncipe* no resulta sorprendente que Agustín Renaudet sostenga que "entre todos los espíritus del Renacimiento italiano Maquiavelo es el más ajeno al Evangelio, el menos accesible a esa

Fe de la que Dante vive, el más indiferente a la moral cristiana, a la que acusa de haber debilitado la energía del carácter de los hombres de su tiempo. Sólo ve en la religión un instrumento en las manos del hombre de Estado”. En igual sentido, Giuseppe Prezzolini, en su trabajo sobre Maquiavelo, afirma “que el meollo de su pensamiento consiste en la afirmación de que la política es una actividad humana incompatible con la moral cristiana. Defendió el ideal del Estado Romano, la gran creación política que, según él, el Cristianismo debilitó y destruyó”.

Señala Calderón Bouchet que Maquiavelo desliga la praxis política de todo compromiso trascendente y la dispone, serenamente, a la formación de un orden policial inspirado en el terror. En efecto, la fuerza y el temor son inherentes a una visión política que considera al Estado como el fin del hombre. De allí que no resulte aventurado incluir a Maquiavelo entre los grandes precursores del totalitarismo moderno.

Jacques Maritain, en su libro *Principios de una Política humanista*, ha marcado con precisión la línea trazada por *El Príncipe* en la Historia de las Ideas Políticas: “Antes de Maquiavelo, muchos príncipes y conquistadores no dudaban muchas veces en usar la mala fe, la perfidia, la crueldad, el asesinato y todos los crímenes de que son capaces la carne y la sangre del hombre, para la adquisición de poder y de éxito, y para la satisfacción de sus caprichos y ambiciones. Pero al obrar así, *se sentían culpables, tenían una mala conciencia*. . . Después de Maquiavelo, en cambio, no sólo los príncipes y conquistadores del Quinientos, sino los grandes *líderes* y constructores de estados modernos y de la moderna historia, al emplear la injusticia para establecer el *orden* y toda clase de mal para satisfacer su ambición de poder, tendrán una conciencia limpia y sentirán que cumplen su deber como jefes políticos. . . Lo que antes era un simple *hecho*, con toda la debilidad e inconsistencia que acompaña, aun en lo malo, a las cosas accidentales y contingentes, se ha convertido —después de Maquiavelo— en un *derecho*, con toda la firmeza y permanencia que son propias de las cosas necesarias. Un completo olvido del bien y del mal ha llegado a ser considerado como la regla no de la moralidad humana —ya que Ma-

quiavelo nunca pretendió ser un filósofo moral— pero sí de la política humana”.

A juicio de Maritain, la responsabilidad histórica de Maquiavelo consiste en haber aceptado, reconocido y apoyado como regla el hecho de la inmoralidad política, y de haber asegurado que una buena política, una política de acuerdo con su verdadera naturaleza y sus fines genuinos, es por esencia una política no-moral o amoral.

No creemos que Maquiavelo pueda ser considerado —como pretenden algunos autores— fundador de la Ciencia Política. Ni siquiera reduciendo ésta a una sociología positivista. Aristóteles en la *Política* y al compilar las constituciones de su tiempo había puesto las bases de la sociología política muchos siglos antes. Coincidimos, en cambio, con Maritain cuando señala que lo que verdaderamente realizó Maquiavelo fue expulsar enteramente la ética, la metafísica y la teología, del reino de la ciencia política y de la prudencia política, produciendo una mutilación en el entendimiento práctico del hombre.

Pesimismo antropológico

En la raíz del pensamiento de Maquiavelo advertimos la existencia de un profundo pesimismo antropológico. Hay al respecto numerosos textos que corroboran esa visión. “Un gobernante prudente —escribe en *El Príncipe*— no debe guardar fidelidad cuando ello sea contra su interés propio y cuando ya no existen las razones que lo hicieron comprometerse.” Agrega que “si todos los hombres fueran buenos, este precepto no sería bueno; pero como son malos y no guardarán fidelidad para contigo, por eso tú no estás obligado a guardar fidelidad”.

Sobre tal base poco queda de la visión cristiana del hombre. Queda sólo —señala Calderón Bouchet— un animal torcido y malicioso, siempre dispuesto a buscar su propio provecho y nunca seguro de saber dónde encontrarlo. Ya no es el hombre, imagen y semejanza de Dios, sino la cúspide de la escala zoológica, especialmente dotado e inclinado hacia el mal. “Porque la manera como vivimos —escribe Maquiavelo— está tan alejada de cómo debemos vivir, que aquel que se aparta de lo que se hace y busca lo

que *debería hacerse*, más bien alcanzará su propia ruina que su preservación.” Por eso el Príncipe debe “aprender a no ser bueno, y saber usar este conocimiento o no usarlo, de acuerdo con la necesidad de cada caso”.

En concordancia con ese consejo, Maquiavelo desliza en las páginas de *El Príncipe* numerosas sugerencias que ponen de relieve que, a su juicio, el gobernante no se encuentra sujeto a normas éticas. Así, por ejemplo, aconseja al Príncipe nuevo *extinguir* el linaje de la familia anteriormente gobernante; señala que en determinadas circunstancias lo mejor es *arruinar* las repúblicas conquistadas; describe la desprejuiciada trayectoria de César Borgia sin excluir sus atrocidades y lo propone como príncipe arquetipo, digno de ser imitado; finalmente convalida que un príncipe resuelva *desembarazarse* de los hombres que puedan perjudicarlo.

Para Maquiavelo “los hombres son ingratos, volubles y disimulados” y “olvidan más pronto la muerte de un padre que la pérdida de su patrimonio”. Con tamaño pesimismo antropológico, emancipado de los principios morales, no es sorprendente que en su *Historia de Florencia* exprese que “a los hombres poderosos, o no hay que tocarlos o cuando se los toca hay que matarlos”.

Lo expuesto no significa que Maquiavelo recomiende a los príncipes que sistemáticamente recurran a medios inmorales. Hay en su obra un capítulo dedicado a censurar los innecesarios excesos de Agatocles de Siracusa: “la matanza de sus conciudadanos, la traición de sus amigos, su absoluta falta de fe, de humanidad y religión, son ciertamente medios con los que uno puede adquirir el imperio; pero no adquiere nunca con ellos ninguna gloria”. Porque para Maquiavelo —apunta acertadamente J. J. Chevallier— *hay crueldades bien practicadas y crueldades mal practicadas*. Y el Príncipe, en definitiva, debe ser “mitad bestia y mitad hombre”.

A la luz de lo expuesto resulta comprensible que la noción de virtud en sentido cristiano o aun pagano sea sustituida por otra radicalmente diferente. La *virtú* para Maquiavelo es —según definición de Burckhardt— una unión de *fuerza y talento*. Chevallier, por su parte, afirma que para el autor de *El Príncipe* la *virtú* supone energía, empuje, resolución, talento, valor indómito y, si se quiere, feroz.

Un príncipe lleno de *virtú* puede incluso doblegar a la *fortuna*. De esta depende —sostiene Maquiavelo— “la mitad de nuestras acciones”. César Borgia no habría podido culminar su empresa unificadora porque le falló la *fortuna*: murió su padre y contrajo una grave enfermedad que puso también fin a sus días.

El nacionalismo

Algunos creen encontrar la clave de *El Príncipe* en el último capítulo, titulado *Exhortación a librar la Italia de los bárbaros*. Es un llamado entusiasta a la unificación de Italia y a la expulsión de las fuerzas extranjeras. Considera Maquiavelo que esa es la insigne tarea que debe emprender con decisión Lorenzo de Médicis. Incluso su prédica en contra de los ejércitos mercenarios y a favor de fuerzas armadas nacionales tiene pleno sentido en función de la gran empresa que propone en su postrer capítulo: “que bajo vuestras banderas se ennoblezca nuestra patria, y que bajo vuestros auspicios se verifique, finalmente, aquella predicción de Petrarca: el valor tomará las armas contra el furor; y el combate no será largo, porque la antigua valentía no está extinguida todavía en el corazón de los italianos”. No abandona, empero, su anomia moral: “*una guerra es legítima por el solo hecho de ser necesaria*”. No obstante, en la propuesta final de Maquiavelo, se encuentra —como lo destaca Sabine— *el único sentimiento que mitiga el cinismo de sus opiniones: el patriotismo nacional y el deseo de unificación de Italia y de liberar a ésta de los desórdenes internos y los invasores extranjeros*.

No menos categórico es Maquiavelo en los *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio* respecto de la supremacía absoluta que debía acordarse al interés nacional: “cuando de la resolución que se tome depende la salvación misma del país, no cabe detenerse por consideraciones de justicia o de injusticia, de humanidad o de crueldad, de gloria o de infamia. En casos tales es indispensable salvar, ante todo y por encima de todo, la existencia y libertad del país”.

Lamentablemente el patriotismo de Maquiavelo está teñido de amoralidad y absolutismo. No es por ello sor-

prendente que Benito Mussolini, en el *Preludio a Maquiavelo* escrito en 1824, enlace su doctrina con la desarrollada en *El Príncipe*, y que Germán Bidart Campos considere el ideario del florentino como precursor del mesianismo totalitario sustentado por el fascismo.

El maquiavelismo

El sustantivo doctrinal “*maquiavelismo*” —sostiene Marcel Prelot— es utilizado por los autores desde el siglo XVI. Alude, en síntesis, a un pragmatismo amoral considerado como indispensable para el éxito político. *El Príncipe* de Maquiavelo es considerado por el maquiavelismo como la piedra angular que le sirve de principio y fundamento.

Nunca imaginó el talentoso florentino que su obra tendría tanta repercusión. Se sorprendería, además, de las terribles consecuencias que pueden derivarse de la amoralidad política llevada hasta sus últimos extremos. Diría, seguramente, que en su obrita sólo quiso describir realidades de su época sin pretender que sus reflexiones sirvieran de inspiración a otras visiones radicalizadas de la política. Seguramente invocaría los textos de los *Discursos* en los que abomina de la tiranía y hace el elogio de las libertades republicanas.

No negamos los pasajes de su obra en los que recomienda al Príncipe obrar con sujeción a la moral. Pero tampoco podemos ocultar que, más allá de la *conveniencia* de observar tales consejos en ciertas y determinadas circunstancias, el sistema de Maquiavelo se orienta hacia una irreversible separación entre la política y la moral. Como lo señala Sabine, para el autor de *El Príncipe* la finalidad de la política es conservar y aumentar el poder político. Los medios, en definitiva, son indiferentes, aunque sean inmorales, si resultan eficaces y conducen al éxito. Por ello su doctrina no es tanto inmoral cuanto amoral. Acertadamente observa Touchard que no hay lugar en tal concepción para la moral y el derecho internacional. Los Estados conviven en una jungla donde todo está permitido y en la que deben dosificarse con habilidad la fuerza y la astucia.

Se opera así un divorcio definitivo entre la ciudad de Dios y la ciudad de los hombres.

Con tales bases surge en la historia el *maquiavelismo*. Poco importan para juzgarlo los impulsos moderadores del propio florentino. Tenía razón lord Acton cuando afirmaba que “*el auténtico intérprete de Maquiavelo es el conjunto de la historia posterior*”. Quienes se consideraron sus genuinos seguidores comenzaron por un uso “artístico”, “racional” y “bien medido” del mal. Pensemos en los tiempos de Enrique VIII e Isabel de Inglaterra, Federico, Catalina de Rusia, Napoleón y Talleyrand. Era —según expresión de Maritain— una especie de maquiavelismo más o menos atenuado, moderado, y conservador, que usaba la injusticia dentro de límites “razonables”.

Pero como *quien quiere la causa quiere el efecto*, el amoralismo político conduce inexorablemente al llamado *maquiavelismo absoluto*. Lo preparó, en cierto modo, la mentalidad positivista y mecanicista, proclive a considerar a la política como una disciplina fenomenológica emancipada de toda filosofía moral. Contribuyeron a consolidar el maquiavelismo absoluto la concepción dialéctica de Hegel, pilar en el que se sustentan los grandes totalitarismos del siglo xx: el fascismo, el nacional socialismo y el comunismo.

Benito Mussolini, en 1924, proclamaba que “la doctrina de Maquiavelo está más viva hoy que hace cuatro siglos...” Y Hitler —según Herman Rauschning— consideraba que *El Príncipe* era un libro “indispensable a todo hombre político”, agregando que su lectura “lo había liberado de multitud de ideas falsas y prejuicios”. Por su parte, Lenin y Stalin son dos *príncipes nuevos* del siglo veinte que no vacilaron en aplicar hasta sus últimas consecuencias el amoralismo de Maquiavelo. Los resultados están a la vista. Una guerra mundial con cincuenta millones de muertos, el paganismo racista y los campos de exterminio, los innumerables asesinatos cometidos para consolidar el marxismo leninismo en el bloque soviético, en China y en el resto del mundo, son algunos ejemplos que señalan las metas últimas del *maquiavelismo*.

Jacques Maritain, en su conocido estudio sobre el maquiavelismo, sostiene que la victoria de éste es sólo aparente, porque destruir no es triunfar. Agrega que “el or-

den mismo de la naturaleza y de las leyes naturales en materia de moral, que es la natural justicia de Dios, hacen que la justicia y la honradez políticas tiendan a la larga y en cuanto a su propia ley de causación, a producir un adelanto de verdadero bien común y de los valores reales de la civilización”.

Lo expuesto no significa que una política no maquiavélica deba ser torpe o ineficiente. La solercia o sagacidad es un contenido esencial de la prudencia del gobernante. Como lo advierte Maritain: “la estupidez nunca es moral, sino que es un vicio”. Ello no excluye que la aplicación práctica de los principios morales resulte por momentos compleja. A veces es “difícil señalar exactamente los límites entre la astucia y la mentira. . . Pero es claro que un cierto grado de disimulo, si tiene como fin engañar a personas mal intencionadas, no debe ser considerado como engaño de zorra, sino como un arma legítima de la inteligencia”. Agrega Maritain que el “realismo político” que erróneamente algunos atribuyen con exclusividad a Maquiavelo debe ser depurado de sus presupuestos amorales para tornarlo compatible con la más genuina ética política. Esta “es capaz de absorber y digerir todos los elementos de verdad contenidos en Maquiavelo, es decir, dentro de los límites en que el poder y el éxito inmediato son parte de la política, pero una parte subordinada, no la principal”. Por lo demás, “un *cierto hipermoralismo* que hace que la Ética Política sea algo impracticable y meramente ideal, es tan contrario a la verdadera Ética como lo es el maquiavelismo, tal como los *objetores de conciencia* hacen el juego a los conquistadores. La pureza de medios consiste en no usar medios moralmente malos en sí mismos; no consiste en rehusar farisaicamente todo contacto exterior con el lodo de la vida humana, ni tampoco en esperar un mundo moralmente ascético antes de consentir en trabajar en él”.

El problema de los medios y el empleo de la fuerza son temas acuciantes de la Filosofía Moral. Jacques Maritain, en su obra cumbre: *Humanismo Integral*, ha formulado sobre estos tópicos reflexiones inquietantes: “En lo que se refiere a la *moralidad del medio* es evidente que la fuerza y, en general, lo que hemos llamado medios carnales de guerra, no son intrínsecamente malos, puesto que pueden ser justos. Los teólogos y los moralistas nos expli-

can las condiciones requeridas para que sean justos y con ello hacen obra de misericordia, porque nos permiten vivir en este mundo. Ellos no se anticipan, ni es su misión, a abrir nuevas puertas a la violencia; pero una vez abiertas esas puertas justifican lo que es justificable y nos suministran una luz que nos guía en los desfiladeros tenebrosos de la historia. Fuerza es también la violencia, y también el terror, y el empleo de todos los medios de destrucción. Todo ello puede asimismo ser justo en determinadas condiciones. Y ocurre, que, de una parte, por los progresos de la ciencia y de la técnica, y de otra, por la importancia creciente del papel de las masas en los conflictos políticos, los medios carnales de guerra inventados por los hombres son cada vez, no diré que más crueles, porque los antiguos ya eran maestros en crueldad, pero sí más grandiosos y como astronómicos. El ejemplo más claro es el de los medios modernos de guerra; de la guerra en sentido estricto, de la guerra militar, porque también hay otras. La angustia mayor para el cristianismo consiste precisamente en saber que puede haber justicia en el empleo de medios terribles" (edición de Carlos Lohlé, 1966, págs. 184/185).

Conclusiones

Coincidimos con Linares Quintana cuando sostiene que, sin lugar a dudas, en el futuro unos seguirán rechazando y condenando al notable florentino, mientras otros continuarán admirándolo y reconociendo en él a uno de los fundadores de la ciencia política. Ya hemos señalado que las divergencias entre detractores y admiradores derivan, fundamentalmente, de lo que unos y otros entienden por *ciencia política*.

Nuestra visión trialista, comprensiva del estudio de hechos, normas y valores, nos lleva a formular los juicios severos que hemos expuesto en este capítulo. La importancia, empero, de Maquiavelo, en la Historia de las Ideas Políticas es incuestionable. Ha sido y seguirá siendo signo de contradicción. Su doctrina —dice Jean-Jacques Chevallier— continuará atormentando a la Humanidad en tanto ésta guarde fidelidad a la cultura moral heredada "de algunos grandes antiguos y, sobre todo, del Cristianismo".